

De cómo Alfonso XI presagió la artillería durante la peste

"...tiraban muchas pellas de hierro que las lanzaban con truenos, de los que los cristianos sentían un gran espanto..."

Crónica de D. Alfonso el Onceno

Aunque la fiebre le escocía las sienes, Alfonso XI recordó cuando meses atrás lo abrumó de besos en las penumbras del Alcázar de Segovia para convencerlo. Ni ruegos ni razonamientos, como tampoco el perdón anticipado o la argumentación teológica de monseñor Cuéllar, obispo de la ciudad, lo habían hecho dudar de que el llamado maestro Canches merecía las acusaciones de nigromante, aojador y urdidor de maleficios contrarios a la fe que se le endilgaban; bastaron una mirada de reproche de Leonor y el sabor de sus labios almibarados para vencer las reticencias. Luego de refocilarse con ella sobre las holapandas y capas de seda en el piso de la Torre del Homenaje, oró pidiendo perdón, se encomendó al Altísimo mientras miraba a lo lejos la iglesia de la Vera Cruz y accedió a atender al judío, dirigiéndose a recibirlo en el Salón de los Reyes.

Visto con simpleza, el viejo parecía un castellano común, pero un examen más detallado le descubría como sefardí: a pesar de la cruz en el pecho al quitarse el gorro de lana negra fue fácil notar bajo el mismo la kipá propia de su gentilicio infiel; asimismo, casi a ras del piso, en el borde de la garnacha se le notaba una hilera de minúsculas menorot a manera de adorno que Alfonso pudo identificar como una seña de las creencias hebreas. Aparentaba profundidad en sus pensamientos, maneras seguras, ojos acuciosos y una parsimoniosa serenidad que distaba mucho del temor que mostraba la mayoría de quienes veían al Rey por primera vez. Hizo la obligada inclinación con una lentitud que desbordaba humildad y sumisión. Alfonso le dio la venia, asintiendo y haciendo una seña con la mano para que se acercara. El judío habló.

–Es un honor, Su Alteza. Cuando supe que me requeríais, dejé todo cuanto hacía para venir presto. Solo ordene...

Hubo un largo silencio, mientras el Rey lo escrutaba, buscando intenciones ocultas en sus palabras. Sin decir nada, miró a Leonor que permanecía a su izquierda. Esta, medio sonreída, asumió la iniciativa de la entrevista.

–Pudimos escuchar en las batallas del Salado y Algeciras unas centellas distantes; luego de unos segundos, piedras y fierros volantes cayeron sobre las tropas cristianas. De nada valieron esos truenos, hechizos, artilugios o lo que sean, pues con la ayuda de Dios y la mismísima persona de Santiago en el campo de batalla la morisca infiel fue vencida. Sin embargo, los efectos tronantes causaron harto daño, hubo muertos, heridos y amputados. Tenéis fama de haber estudiado los saberes musulmanes y, aunque desconfiamos de todo lo que no sea dicho por lengua cristiana, quizá nos podáis dar información sobre esa terrible maldición que tanto aterroriza a los soldados.

–Es pólvora. Una mezcla de carbón, salitre y azufre, que puede multiplicar por mil la cantidad de fuerza, calor y humareda que desprende el fuego común –, dijo el viejo.

Sobresaltado, Alfonso le ripostó.

–Si tiene que ver con azufre es cosa diabólica.

–No, Su Majestad. Es cosa de alquimia –contradijo Canches muy sereno–. Dios crea y propone, el hombre dispone según su albedrío. Puede disponer para el mal atacando tierras católicas y puede hacerlo para el bien, reconquistando tierras en manos de los infieles. Leonor quiso quebrar con un sarcasmo la seguridad del viejo.

–¿Y vos qué sois? ¿cristiano?

Canches respondió de inmediato.

–Soy de madre judía, como Jesús, a quien tenéis por el Salvador, pero en este caso da igual lo que sea. Si me dejáis, podré resolver el enigma del trueno y ponerlo a vuestro servicio. Con tiempo y los materiales necesarios, superaremos lo que hacen los moros.

La celeridad al responder impresionó al Rey y su acompañante. Mandaron a retirar al judío; junto al obispo y el Capellán Mayor, deliberaron horas antes de mandarlo a llamar de nuevo. Alfonso comunicó su decisión.

–Podéis comenzar hoy mismo suministrando el inventario de los materiales y la gente que necesitaréis. Tendréis un salón acondicionado en este sitio. Queremos la mezcla y los instrumentos para hacerla funcionar. Los truenos deben estar pronto y hay que hacer muchos, tantos como para exterminar por completo a los musulmanes que asolan la península y allende los mares.

Una semana después, en el Patio de Armas del Alcázar, se juntaron al anochecer para la primera prueba. Dos sillones enormes de madera labrada y cuero repujado con el blasón real en el espaldar fueron dispuestos como se hacía en las representaciones de los autos sacramentales en las fiestas de la Natividad. Además de la real pareja, fueron convocados los nobles y lugartenientes más allegados, como también las principales dignidades eclesiásticas. Canches dispuso en el suelo, en forma de cruz, una docena de pequeños promontorios unidos por líneas rectas de un polvo oscuro que los asistentes al improvisado anfiteatro creyeron de carbón. Acercó una tea al extremo de la línea más cercana al Rey. Súbitamente, un resplandor relampagueante iluminó el lugar, a la vez que generaba una nube inmensa de humo. Dos minutos duró el experimento; los murmullos de asombro se confundían con las toses y estornudos causados por la espectacular humarada.

El judío se acercó al par de sillones y se dirigió al soberano.

–Es solo el comienzo. La mezcla puede mejorar. Basta encerrarla en tubos resistentes y taponados con restos de herrería y piedras rodadas. Tendremos armas prodigiosas, capaces de destruir a cualquier ejército por más poderoso que sea.

Alfonso se levantó, le colocó una mano en el hombro demostrando confianza y caminaron en dirección a las marcas dejadas en el suelo de piedra por la flamígera sustancia.

Hablaban animadamente y el judío comenzó a mostrar al Rey unas hojas de papel que llevaba terciadas.

Los pliegos contenían cálculos, formulas, símbolos y diseños de las máquinas tronantes en las que había estado trabajando. La *bombarda*, tratábase de un caño de menos de una vara de largo construido con anillos de hierro colado y acacia, montado sobre unas bases de madera para evitar la retroproyección una vez que la pólvora hiciera combustión lanzando el mortífero contenido. La que llamó *bombardeta*, era muy parecida a la anterior, pero más angosta y larga, lo que permitía un lanzamiento menos voluminoso, pero de más alcance y mejor dirigido, como para atinar al centro de mando donde se situaba el *amir* o general de las tropas infieles acompañado de su guardia personal y comitiva; con buena suerte y la ayuda del Altísimo quizá algún día pudiesen volar en pedazos al mismísimo califa. Para el *pedrero*, de caño más robusto y montado sobre una horquilla metálica, el viejo se inspiró en las descripciones de la antigua infantería romana; su munición consistía en varios pedruscos que se embolsaban en un delgadísimo recipiente de hojalata o en una vejiga de cerdo, de manera que al eyectarse por la explosión se desperdigara el contenido; también proyectaba para esta arma, una especie de proyectil que tronaba al chocar con el objetivo. El Rey lanzó un suspiro anhelante al imaginar la potente caballería árabe desguazada por los temibles ingenios.

Culminada la demostración, el monarca hizo una emotiva alocución a los presentes, exigiendo el máximo esfuerzo con lo que se requiriera durante la fabricación de la parafernalia bélica. De ello dependería el futuro de España. Contra las recomendaciones más prudentes, animado por el experimento, en el acto decidió marchar lo más pronto posible a tomar Gibraltar.

Así evocó Alfonso el episodio, yacente en una tienda de campaña con la mente dislocada por la calentura. No alcanzaba a recordar con exactitud los días transcurridos desde entonces, pero lo atormentaba en extremo el retraso y cada vez que las tropas musulmanas, sitiadas desde hacía tres meses, lanzaban un fogonazo,

se sentía abrumado calculando cuantos muertos y lesionados causarían. Diariamente recibía un parte de Canches que, si bien había avanzado en la composición de una pólvora más potente que la exhibida en el Patio de Armas, no lograba dar con un arma de suficiente resistencia para aguantar al menos media docena de disparos. Apenas el segundo tiro y el caño se reventaba como un espárrago.

II

En Gibraltar, la plaga venida del mar contagió a las tropas, progresando pavorosamente rápido. Comenzaron los disparos contra la ciudad con el primer cañón traído desde Segovia y el mismo día se manifestó la peste negra; los soldados padecían síntomas terribles antes de morir reventados por las bubas en el cuello, axilas e ingles. El pesado armatoste de guerra hizo un gran estruendo, pero distaba mucho de llegar al blanco; tan solo alcanzó a lanzar tres bolas, una de las cuales logró llegar a unas 100 varas del muro más cercano. El cuarto intento convirtió el pesado tubo en un amasijo de hierro y madera, ante la mirada pesarosa de Alfonso. A lo lejos, se escuchaban los insultos, carcajadas y rechiflas de varias decenas de moros asomados en las murallas. La infeliz coincidencia provocó que la soldadesca castellana relacionara la llegada del cañón con los estragos de la epidemia. Se esparció la habladuría según la cual la enfermedad era un castigo divino por emplear a un judío en la confección de las armas.

Aunque el rumor atizó sus dudas y temores, el Rey decidió redoblar los esfuerzos asignando a Canches mayor cantidad de recursos y hombres. Ante la merma del azufre para la fabricación de la pólvora, mando a incautar todas las existencias en posesión de los comerciantes y alquímicos de Castilla y León, enviando a la vez una misiva urgente a Juana I, reina de Nápoles, para que facilitara el comercio desde la Solfatara de Pozzuoli, un yacimiento volcánico legendario que se comparaba con la entrada al infierno. También concertó un acuerdo con el Priorato de San Juan para el suministro

semanal de varios quintales de salitre desde Tembleque. El carbón abundaba por doquier, así que no era problema. La dificultad insalvable parecía ser el hierro y la madera para la construcción de los tubos. El dilema no se resolvía: aumentar la potencia de la pólvora destruía los caños; si se cambiaba la fórmula reduciendo su fuerza, el metal y la madera resistían la explosión, pero los proyectiles no tenían alcance.

En la anterior disyuntiva se debatía la empresa cuando Alfonso sintió las señales febriles. Al comienzo solo fue una ligera sensación de calor en las sienes que se fue acrecentando al pasar las horas, hasta que sintió el mareo que casi lo tumbó del caballo mientras inspeccionaba la primera línea del cerco. Siguieron las náuseas y el dolor de cabeza. La aparición inequívoca de las bubas en las ingles confirmó la enfermedad. Se aplicaron las sangrías prescritas y los paños de vinagre, pero todos sabían que el mayor esfuerzo debía hacerse en los salmos, oraciones y misas para que el milagro ocurriera. Como Rey y jefe de la mesnada más poderosa de España, convocó desde el lecho de convaleciente al círculo más cercano de señores e hidalgos que lo acompañaban, dando la instrucción precisa de que si, al cabo de pocos días luego de su muerte, no llegaba desde Segovia un cañón de éxito efectivo y comprobado, debían retirar las tropas. Luego pidió la presencia de Canches, quien galopó tres días seguidos desde el Alcázar reventando los caballos de las postas militares a fin de llegar antes del infausto desenlace. El Rey le preguntó:

—¿En cuánto tiempo estimáis que funcionen los truenos de fuego?

El viejo dudó.

—Eh... No sé, su Alteza. Quizá una semana, un mes... En el peor de los casos será menos de un año. El primer cálculo de la resistencia del hierro fue errado. La madera africana tampoco soporta lo esperado. Fuimos demasiado optimistas. Quizás deba hacer pruebas con otros metales. El asedio debió esperar...

El Rey le ordenó silencio y señaló un par de alforjas repletas de doblas de oro.

–Ahí tenéis suficientes monedas para comprar mercaderías por cien años. Aunque muera, seguid en el empeño sin parar. Tengo varios descendientes y si no es uno, será otro de ellos quien ciña la corona, continuando la lucha contra los musulmanes. Tardaremos décadas, siglos o milenios, pero se irán de estas tierras. Saldrán de Gibraltar. Volverá la la cruz en Granada a ocupar su sitio principal. No te detengas y paga la confianza y amistad que te hemos dado, en contra de las maledicciones, murmuraciones y prevenciones que me aconsejaban degollarte por brujo y mentiroso.

Dicho esto, desfalleció. Leonor, que había escuchado la conversación, preguntó al viejo:

–¿Cumpliréis?

Este asintió antes de salir, apremiado por el deseo de regresar a Segovia donde lo esperaban la fragua, el atamor, los recipientes y matraces para seguir buscando la artillería perfecta.

III

La enormidad tumefacta y morada de las bubas se transformó en un suplicio. Rechazó el vino que le fue ofrecido para embriagarlo y mitigar el dolor. Solo aceptó el ungüento de belladona en las sienes, recordando vagamente cuando le alivió un tobillo descompuesto años atrás. Con Leonor que no cesaba de cambiarle las compresas para la fiebre y el Capellán Mayor orando rosario tras rosario e implorando una mejoría que al pasar del tiempo se sabía menos posible, el Rey se sumergió en una última ensoñación de recuerdos y premoniciones. Rememoró el primer encuentro con el judío en el Alcázar y las intuiciones victoriosas del Salado, Alcalá la Real y Algeciras. Entrevió también en su sueño decenas de bueyes y una multitud de hombres guiándolos, mientras arrastraban un cañón gigantesco; en lontananza le pareció identificar la Alcazaba de Antequera. Un espasmo de

alegría lo estremeció cuando una sucesión de armas fumantes pasó por su postrera visión: docenas de bombardas, bombardetas y pedreros, atacaban sin cesar las murallas de Gibraltar, hasta que una de las inmensas puertas de la fortificación se abrió y dejó salir cabalgando un heraldo musulmán portando una bandera blanca.

Sin saber qué nombre asignarle a tal invención, Alfonso en su arrebatado onírico vio como trazaban una parábola las esferas lanzadas por los morteros sobre la Málaga mora que nunca pudo conocer, para explotar al hacer impacto detrás de las murallas en el interior de la ciudad, tal como lo había descrito Canches al exponerlo en un pliego: cuando el amurallamiento fuera inexpugnable, se lanzaba una seguidilla de metales esféricos explosivos por sobre los muros y el enemigo se rendiría. Luego, en lo que le pareció una pequeña población, pudo ver a musulmanes salir corriendo despavoridos de una mezquita, cuando varios proyectiles volvieron trizas y cascotes uno de los alminares. El furioso ataque no culminó, continuando con una tronada incesante que destruyó las fachadas y calles de piedra como si fuesen de papel. No lo sabía el moribundo por no haber estado en esa localidad jamás, pero se trataba de Ronda, más de 130 años después, asediada por Fernando II.

El ensueño prosiguió con unas escenas fantásticas: al unísono, se oyó la carga de una fila con pocas piezas de ataque: cinco bombardas, dos *falconetes* y una *culebrina*; en la lejanía se desordenaron, como un hormiguero espantado, miles de hombres ataviados de diversos colores: plumas, pieles de animales, cascos y petos de madera, lanzas y hondas. Avanzaron en desorden hasta detenerse en seco por una segunda carga que destrozó a un buen número, dejando a otros heridos en el suelo y al resto paralizados por los ensordecedores estallidos, un gallardo jinete español de yelmo abierto con el estoque apuntando al objetivo, inmediatamente detrás de la línea, apuraba la recarga de los letales instrumentos; en la grupa del caballo se veía tremolar el pendón de la santa María

que las huestes de Hernán Cortés impusieron tras 21 días de asedio en la ciudad de Tenochtitlán, en las Indias Occidentales, en 1521.

La respiración de Alfonso se tornó rápida y superficial, anunciando el fin. Leonor tomó sus manos apretándolas contra los labios en un interminable beso; poco le importaron las consejas médicas que le advirtieron el peligro del contagio si permanecía cerca del enfermo. Por haberla preñado diez veces bien podría corresponderle acompañándolo al más allá si el Todopoderoso así lo decidía.

Entre estertores, el agonizante siguió visionando uno tras otro episodios guerreros que presagiaban la futura artillería. Piezas pequeñas, gruesas, de tiro curvo, de tiro tenso, cargadas por bueyes, por dos o más hombres, montadas en un tren, en los costados de un barco... Lo sorprendió una que consistía en varios caños enormes juntos en paralelo asentados en una plataforma, por los que salía aventado un enjambre de proyectiles que fácilmente acabarían con decenas de armaduras con un solo disparo. Supo entonces Alfonso que los cuentos sobre el ejército de Eduardo III, rey inglés, liquidando con armas hechizadas a los franceses, no eran invención ni fábulas y que el *ribaudquin* existía en la realidad. Alucinó una enorme estancia en la que arrojaban paladas de materiales de tonos rojizos y grises en una caldera de fundición; contó la cadencia de la mezcla: a las nueve porciones del primero, se arrojaba una del segundo. ¡¡¡Cobre!!! El primero, cuyo color variaba del rojo claro al marrón oscuro, era cobre; incluso se notaban las manchas del verdete característico de este elemento al oxidarse. Pero, ¿y la décima porción? ¿Era plomo? ¿Estaño? ¿Hierro? ¿Plata? ¿Era la mezcla del bronce? ¿Del latón? Imposible saberlo, pero sería muy sencillo para Canches determinar la aleación adecuada en poco tiempo.

El Rey desesperado llamó con dificultad.

–Leonor, Leonor... ¡Venid!

Ella le apretó las manos con más fuerza.

–Aquí estoy y siempre estaré, mi Rey. Tranquilizaos. Todo está en orden.

Con la vista perdida, se acercó a ella orientándose con el sonido de la voz y ayudado por sus cálidas manos. Casi sin aliento, le dijo:

–Es el cobre... Debéis decir al judío que trabaje con el cobre.

Leonor percibió como se hundía para siempre en el abismo de la eterna inconsciencia con la mirada perdida en el infinito, mientras distendía los dedos que acariciaban los suyos. Se durmió abrazándolo antes de la medianoche, abrumada por el dolor de verlo irse. Era la noche del 25 al 26 de marzo, Jueves y Viernes Santo de 1350. Al despertar, Alfonso había muerto. La fiel amante, cerró sus párpados yertos y con la diestra le hizo la señal de la cruz, como lo habría hecho él.

IV

El asedio fue levantado al partir el cortejo que llevó los restos de Alfonso desde Gibraltar hasta su sepultura en Sevilla. La desgracia prosiguió para Leonor en el trayecto, cuando paulatinamente la abandonaron quienes antes la lisonjeaban consecuentemente, al enterarse del ascenso al trono de Pedro, hijo legítimo del recién fallecido, y de la furia vengativa de su madre María de Portugal, legítima reina de Castilla y León, desposada y apartada por este durante las dos décadas de su amancebamiento. El último mensaje del monarca que hacía notar la inclusión del cobre en la fabricación de los cañones llegó con la noticia de su muerte al judío, quien partió raudo del Alcázar de Segovia con destino desconocido, acompañado por dos ayudantes alquímicos que cargaban unas bolsas.

Cuentan que, en 1491, cuando el emir Boabdil firmó con los Reyes Católicos las Capitulaciones en las que entregaba Granada, les dijo:

–Le debéis la España reconquistada a vuestras armas de fuego. No hay fortalezas ni ejércitos que las resistan. ¿Cómo habéis logrado semejante artillería?

Isabel La Católica, descendiente en sexta generación de Alfonso XI, contestó:

–Dios crea y propone. Sus majestades disponen. Solo eso.